
BIBLIOTECA de LA NACIÓN

J. MICHELET

EL MAR



BUENOS AIRES

1909

Imp. y estereotipia de LA NACION—Buenos Aires.

INDICE

LIBRO PRIMERO.—OJEADA A LOS MARES

Caps.

- I.**—El mar desde la playa
- II.**—Playas, arenales y costas bravas
- III.**—Continuación.—Playas, arenales y costas bravas
- IV.**—Círculo de las aguas, círculo de fuego.—Ríos del mar
- V.**—El pulso del mar
- VI.**—Las tempestades
- VII.**—La tempestad del mes de octubre de 1859
- VIII.**—Los faros

LIBRO SEGUNDO.—GÉNESIS DEL MAR

- I.—Fecundidad
- II.—El mar de leche
- III.—El átomo
- IV.—Flor de sangre
- V.—Los fabricantes de mundos
- VI.—Hija de los mares
- VII.—El picapedrero
- VIII.—Conchas, nácar, perla
- IX.—El ladrón de los mares (pulpo, etc.)
- X.—Crustáceos.—La guerra y la intriga
- XI.—Los peces
- XII.—La ballena
- XIII.—Las sirenas

LIBRO TERCERO.—CONQUISTA DEL MAR

- I.—El arpón
- II.—Descubrimiento de los tres Océanos
- III.—La ley de las tempestades
- IV.—Los mares polares
- V.—Guerra á las razas marinas
- VI.—El derecho del mar

LIBRO CUARTO.—RENACIMIENTO POR EL MAR

- I.—Origen de los baños de mar
- II.—Elección de playa
- III.—La habitación
- IV.—Primera aspiración del mar
- V.—Baños.—La belleza renace
- VI.—Renacimiento del alma y de la fraternidad
- VII.—«Vita nuova» de las naciones

LIBRO PRIMERO

—

O J E A D A A L O S M A R E S

I

El mar desde la playa.

Un intrépido marino holandés, vigoroso y frío observador, cuyos días se deslizan en el inmenso Océano, confiesa con franqueza que la primera impresión que se recibe al contemplarlo, es de miedo. Para todo ser terrestre es el agua el elemento no respirable, el elemento de la asfixia. Barrera fatal, eterna, que separa irremediablemente ambos mundos. No nos sorprende, pues, que la gran masa de agua denominada mar, desconocida y tenebrosa en su profundo espesor, se haya aparecido siempre formidable á la humana imaginación.

Los orientales sólo ven en ella la amarga sima, la noche del abismo. En todos los idiomas antiguos, desde la India hasta la Irlanda, el nombre de mar es sinónimo de «desierto, noche».

¡Qué triste es ver, al caer de la tarde, el sol, alegría del mundo y padre de todo lo criado, ir desapareciendo, eclipsarse entre las ondas! Es el cotidiano duelo del Universo, particularmente del Oeste. En vano es que todos los días presenciemos el mismo

espectáculo; siempre ejerceen nosotros igual influjo, idéntico efecto melancólico.

Si nos sumimos en el mar á cierta profundidad, no tardamos en vernos privados de luz: se penetra en un crepúsculo do sólo persiste un color,el rojo siniestro; y aun al poco rato este color desaparece y sobrevienela negra noche. ¡Qué obscuridad tan absoluta, exceptuando tal vezalgunos accidentes de horrorosa fosforescencia! Aquella masa, inmensa en extensión, enormemente profunda, que se extiende por la mayor parte delorbe, parece un mundo de tinieblas. He aquí lo que sobresaltó, lo que intimidó á los primeros hombres. Suponían que se acaba la vida donde falta la luz, y que, á excepción de las primeras capas, todo el espesorinsondable, el fondo (dado caso que tenga fondo el abismo), era unanegra soledad, nada más que árida arena y guijarros, y algunas osamentasy despojos, es decir, el sinnúmero de bienes perdidos de que el avaroelemento se apodera sin devolver ni la más pequeña partícula de ellos,escondiéndolos cuidadosamente en el palacio destinado á guardar lostesoros de los naufragios.

La transparencia del mar ciertamente que no contribuye á infundirnosánimo. No puede compararse, ni con mucho, á la tranquilizadora linfa delos manantiales y de las fuentes. Aquélla es opaca y ruda: sacude confuerza. El que se aventura en ella, siéntese levantado impetuosamente.Cierto que presta auxilio al nadador, empero se señorea de él:encuétrase éste cual débil niño mecido por poderosa mano que fácilmente puede reducirlo á la nada.

Una vez desamarrada la barquilla, ¿quién sabe dónde puede llevarla unaráfaga de viento, la irresistible corriente? Así fué cómo nuestros pescadores del Norte, contra su voluntad,

descubrieron la América polar trayendo de allí las espantosas visiones de la fúnebre Groenlandia. Cada país tiene sus narraciones, sus cuentos sobre el mar. Hornero, las «Mily una noches», han transmitido buen número de esas tradiciones horrorosas, los escollos y las tempestades, las calmas no menos peligrosas en que el navegante muere devorado de sed en medio del líquido elemento, los comedores de carne humana, los monstruos, el Leviatán, el kraken y la gran serpiente de los mares, etc. El nombre dado al desierto, «país del miedo», hubiera podido aplicarse al gran desierto marítimo. Los más atrevidos navegantes, fenicios y cartagineses, los árabes conquistadores que intentaron conglobar el Universo, atraídos por las relaciones de la tierra del oro y de las Hespérides, pasan el Mediterráneo, lánzase á través del Grande Océano; mas, pronto se detienen: el límite sombrío, cubierto eternamente de nubes, que se encuentra antes de llegar al Ecuador, les impone respeto. Suspenden su marcha, diciendo: «Este es el *mar Tenebroso*.» Y ponen las proas de sus naves en dirección á su país.

«Sería cometer una impiedad el violar ese santuario. ¡Desdichado de aquel que se vea hostigado por tan sacrílega curiosidad! En las postreras islas apareció un coloso, un rostro amenazador gritando: «No paséis más allá.»

—

Estos temores, un tanto infantiles, del mundo antiguo, son idénticos á las emociones del novato, de la persona sencilla que, procedente de tierra adentro, divisa el mar por vez primera. Puede decirse que todo ser que experimenta esa sorpresa, siente la misma impresión. Los animales se turban visiblemente á su

vista. Hasta durante el reflujo, cuando lánguida y benigna se desliza el agua muellemente por la orilla, el caballo no está sereno: tiembla, y á menudo no quiere vadear el tranquilo elemento. El perro retrocede y ladra, injuriando á su manera la onda que le causa miedo, y nunca se reconcilia con el dudoso elemento que más bien le parece hostil. Cuenta un viajero que los perros del Kamtschatka, acostumbrados á dicho espectáculo, se sobrecogen é irritan lo mismo: á manadas, por millares, en el transcurso de la noche, ladrarán las mugientes olas y rivalizan en furor con el embravecido Océano del Norte.

—

La introducción natural, el vestíbulo del Océano para prepararse á conocerlo como es debido, es la melancólica corriente de los ríos del Noroeste, los dilatados arenales del Mediodía ó las landas de la Bretaña. Cualquiera que por una de estas tres vías se dirija al mar, quedará muy sorprendido de la región intermedia que lo anuncia. A lo largo de esos ríos divísase una ola infinita de juncos, de salcedas, de plantas diversas, las cuales, por los grados de las aguas que con ellas se mezclan convirtiéndose paulatinamente en salobres, acaban por hacerse plantas marinas. En las landas, preséntase antes del mar otro mar de hierbas duras y de corto tallo, helechos y matorrales. Una ó dos leguas distante de él empezareis á ver árboles raquíticos, pobres, ceñudos, que indican á su modo por medio de posturas, iba á decir con sus gestos originales, la proximidad del gran tirano y la opresión de su soplo. Sino estuvieran arraigados á la tierra, indudablemente abandonarían á toda prisa aquel sitio: yacen semicaídos, de espaldas al enemigo común, cuasi se

dispusieran á partir, derrotados, desgredados. Se doblan, se encorvan hasta el suelo, y, no encontrando nada mejor que hacer, fijosen aquel sitio, tuercense al viento de las tempestades. En otros sitios, el tronco disminuye y extiende indefinidamente sus ramas en sentido horizontal. En la playa, donde las disueltas conchas levantan un polvo muy fino, el árbol vese invadido, tragado por él. Ciérranse sus poros, le falta aire respirable; siéntese ahogado, empero conserva su forma y queda árbol de piedra, espectro de árbol, sombra lúgubre sin fuerza para desaparecer, cautiva en la muerte misma.

Mucho antes de vislumbrarse el mar, se oye y se adivina el temible elemento. Primero un rumor lejano, sordo y uniforme. Poco á poco cesan todos los ruidos dominados por aquél. No tarda en notarse la solemne alternativa, la vuelta invariable de la misma nota, fuerte y profunda, que corre más y más, y brama. Es menos regular que la oscilación del péndulo que nos señala las horas de nuestra existencia: empero aquí el balancín no tiene la monotonía de las cosas mecánicas; se siente, créese sentir la vibrante entonación de la vida. En efecto; al subir la marea, cuando la ola se empina sobre la ola, inmensa, eléctrica, júntase al tempestuoso mugido de las aguas la estrepitosa algazara de las conchas y de los mil seres diversos que consigo arrastra. Llega el reflujó; un zumbido indica que con las arenas se lleva el mar todo ese mundo de fieles tribus, y las recoge en su seno.

¡Cuántos tonos no tiene á más de los descritos! Por poco que esté conmovido, sus ayes y hondos suspiros contrastan con el silencio de la monótona playa. Parece como que se abstrae para oír las amenazas del que ayer le halagaba con acariciadora ola. ¿Qué va á decirle dentro de poco? No quiero preverlo siquiera.

No intento hablar ahora de los espantosos conciertos que tal vez prepara, de sus dúos con las rocas, de los alaridos y sordos truenos que produce en el fondo de las cavernas, ni de la sorprendente gritería en que se juraría oír: ¡Socorro!... No; escogeremos uno de sus días graves, en que usa de su fuerza sin violencia.

—

No debe sorprendernos si el niño y el ignorante vense siempre embargados por un estupor admirativo y más temerosos que alegres ante esa esfinge. Nosotros mismos, bajo muchos conceptos, la consideramos aún como un enigma.

¿Cuál es su extensión real? Mayor que la de la tierra: he aquí lo que es dudo afirmar con más exactitud. Sobre la superficie del globo el agua es lo general, la tierra una excepción. ¿Y su proporción relativa? El agua constituye las cuatro quintas partes, esto es lo más probable; otros han asegurado que las dos terceras ó las tres cuartas partes. Problema difícil de resolver. La tierra se ensancha y decrece; su acción no cesa: una porción baja, otra sube. Ciertas comarcas polares descubiertas y notadas por el navegante, han desaparecido al pasar otra vez éste por el mismo sitio. Por otro lado fórmanse y se levantan innumerables islas, bancos inmensos de madreporas y corales, turbando la geografía.

La profundidad de los mares es más desconocida aún que su extensión. Apenas han sido hechos los primeros sondeos, pocos en número é inciertos.

Las insignificantes libertades, dado nuestro atrevimiento, que nos tomamos á la superficie del indomable elemento, nuestra audacia encorrer sobre ese profundo desconocido, poco valen y en nada pueden menguar el legítimo orgullo del mar. En realidad éste permanece oculto, impenetrable á nuestras miradas. Adivínase y sábese hasta cierto punto que un mundo prodigioso de vida, de combate y de amor, de producciones variadísimas pulula allí; empero apenas hemos penetrado en él, nos apresuramos á abandonar ese extraño elemento; y si nosotros necesitamos del mar, en cambio el mar no nos necesita á nosotros para nada. Puede pasar muy bien sin el hombre. A la Naturaleza parece no le importa gran cosa ese testigo: Dios es el único que se encuentra allí como en su casa.

El elemento que llamamos flúido, movable, caprichoso, en realidad no cambia: es la regularidad misma. Lo que continuamente cambia es el hombre. Su cuerpo (cuyas cuatro quintas partes son agua, según Berzelius) mañana se evaporará. Esa efímera aparición, en presencia de los grandes poderes inmutables de la Naturaleza, hace muy bien en vivir de ensueños. Por muy justa que sea la idea que tiene de la inmortalidad del alma, no por eso se aflige menos el hombre ante el espectáculo de esas muertes frecuentes, de las crisis que á cada momento quiebran la vida. El mar parece hacer gala de ese triunfo. Cada vez que á él nos acercamos, parece decirnos desde el fondo de su inmutabilidad: «Mañana tú dejarás de ser, y yo soy eterno. Tus huesos reposarán bajo la tierra, disolveránse al transcurso de los siglos, y yo existiré aún, majestuoso, indiferente, equilibrada la grande vida que me armoniza á la vida de los mundos lejanos.»

Contraste humillante que se revela con dureza y como irrisoriamente para nosotros, sobre todo en las playas bravías,

donde el mar arranca á losderrumbaderos guijarros que vuelve á lanzarles, que vuelve á traer dos veces al día, arrastrándolos con siniestro estrépito cual si fuesen cadenas ó metralla. Toda imaginación juvenil ve en esto el símbolo de laguerra, un combate, y empieza por acobardarse. Luego, notando que aquelfuror tiene límites ó se detiene, el niño, tranquilizado ya, detesta más bien que teme la cosa salvaje al parecer enemistada con él. A su vez arroja guijarros al gran enemigo mugiente.

En julio de 1831 me entretuve en observar ese duelo en el puerto del Havre. Un niño que llevaba á mi lado, al verse frente á frente con el mar sintió enardecerse su ánimo juvenil é indignóse de aquel desafío. El mar devolvió estocada por estocada. Lucha desigual que movía á risa, entre la mano delicada de la frágil criatura y la espantosa fuerza que tampoco se curaba de la debilidad del contrario. Mas, la risa desaparecía de los labios al pensar en lo efímera de la existencia del ser amado, y en su impotencia á presencia de la infatigable eternidad que nos arrebató. Tal fué una de mis primeras miradas hacia el mar. Tales mis ensueños empañados por el exacto augurio que me inspiraba ese combate entre el mar que veo cuando quiero, y el niño que para siempre ha desaparecido de mi vista.

II

Playas, arenales y costas bravas.

Por doquiera puede verse el Océano; siempre se presentará imponente y temible. Así se ostenta alrededor de los cabos que miran en todas direcciones; así, y en ocasiones más terrible, en los sitios vastos, pero circunscriptos, en que el marco de las orillas le molesta y le indigna, donde penetra violentamente acompañado de corrientes rápidas que á menudo chocan contra

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

